

Los que se veían de esta manera maltratados sin justicia ni razón tomaron parte por una causa a la que hasta entonces no habían tenido más que afición, y en todas las escaramuzas habidas con las pequeñas partidas que salían de Guadalajara quedaron vencedores, de manera que llegó el caso de pensar ya seriamente en atacar la ciudad dentro de la cual no les faltaban partidarios que los animaban a hacerlo.

En tan apurada situación Cruz había abandonado la ciudad como estaba resuelto a verificarlo si Negrete, por medio de marchas rápidas, no hubiese llegado tan a tiempo en su auxilio. Este jefe temido y respetado de los insurgentes por su intrepidez y valor, salvó a Cruz, pues sabida su aproximación Portugal, Navarro y Villaseñor se retiraron disolviendo sus respectivas divisiones y designando a los que en ellas militaban el puesto donde debían reunirse. Después de esta ocurrencia las fuerzas de la provincia tomaron más consistencia; el capitán de navío D. Rosendo Porlier persiguió constantemente a Navarro, y en Zapotlán lo derrotó completamente después de una acción reñida en que el jefe insurgente, sacando partido del terreno que ocupaba, se sostuvo por muchas horas haciendo prodigios de valor. En los meses de marzo, abril y mayo hubo todavía una multitud de pequeños reencuentros, pero ya en junio la mayor parte de las fuerzas

insurgentes de la provincia de Guadalajara por las repetidas ordenes de Rayón que recibían sus comandantes, pasaron a la provincia de Valladolid con el objeto de concentrarse y formar una masa más compacta e imponente.

Los Españoles en Nueva-Galicia quedaron si no tranquilos, ciertamente menos hostigados hasta el mes de octubre en que volvieron a aparecer sus enemigos con nuevas fuerzas que empeñaron otra vez la lucha; desde entonces hasta fin de diciembre hubo repetidas y sangrientas acciones que no es posible enumerar; en ellas por lo común los insurgentes llevaron la peor parte, pero siempre derrotados y nunca sometidos, la resistencia quedó viva y armada para el año siguiente.

El capitán Rulfo, español, se batió primero en Zapotlán y después en Teul: D. Anjel Linares peleó en el Rancho del Capulín contra una fuerte guerrilla: el comandante Espinosa se sostuvo en Acajoneta derrotando la partida insurgente que lo atacaba, y el capitán Mora hizo lo mismo en Jiquilpan. Fueron también atacados por los insurgentes los pueblos de Jaloslotitlán, San Diego de la Sierra y Arandas. Cerca de Tepic en la hacienda del Pozole la partida del jefe insurgente D. Cecilio Gómez atacó al capitán Gurrea que tuvo grandes pérdidas; pero los Españoles lograron apoderarse de Coallamarta donde los insurgentes tenían sus fa-

bricas de armas y un repuesto considerable de municiones.

*Provincia de Valladolid o Michoacan. — 1811.*

La provincia de Valladolid habia sido puesta bajo el mando del coronel D. Torcuato Trujillo luego que su capital cayó en poder de los Españoles, y este gefe, a muy poco de haberse encargado del mando, empezó a desplegar una estraña ferocidad, en la cual no aflojó un momento por todo el tiempo que fué su comandante. Trujillo era uno de aquellos hombres que han nacido para molestar a todos los que los rodean y oprimir a cuantos se hallan bajo sus ordenes; por desgracia su merito personal, ciertamente bien escaso, no podia acordarse con las pretensiones exajeradas de superioridad que formaban el fondo de su caracter, y esto lo obligaba siempre a estar en riña con sus iguales, y oprimir e insultar a los que la casualidad o su mala fortuna habia puesto bajo de su mando; la obediencia absoluta no era bastante a satisfacerlo si no estaba acompañada con todos los signos exteriores de sumision y abatimiento, y exijia la una y los otros, así de los vecinos como de las autoridades de la ciudad, en puntos de su competencia y tambien en los que no lo eran; a nadie le era licito, no ya oponer resistencia pero

ni aun representarle sobre las ordenes que espedia, y el intendente Merino lo mismo que el obispo Abad y Queipo, tuvieron mucho que sufrir por esta causa. Este genero de opresion mil veces mas intole- rable que la muerte para hombres que tienen el sentimiento de su propia dignidad, era bastante por sí sola para atraerle la enemistad del vecindario aun sin la crueldad con que vengaba los supuestos agravios hechos a su persona, que identificaba con la causa que defendia, y que castigaba por lo comun con prisiones dilatadas y algunas veces con la pena capital. Tales eran las calidades de Trujillo las cuales lejos de apagar la insurreccion habrian por sí mismas bastado para causarla si no hubiera ya existido.

Antes se ha dicho que Valladolid sufrió un bloqueo de muchos meses que algunas veces era agravado por ataques que se daban a la plaza, y aora es el caso de hacer mencion de ellos. Varios gefes insurjentes se habian reunido en las inmediaciones de Valladolid con el objeto de apoderarse de esta plaza: D. Manuel Muñiz, D. Jose Antonio Torres, D. Juan Pablo Anaya, el presbitero D. Luciano Navarrete y el de su misma clase Garcilita, los coroneles Cajiga y Salto y el brigadier Villalonjin tenian cada uno sus partidas mas o menos bien armadas, y la suma total de ellas podia ascender a unos seis mil hombres. Muñiz sin que pueda saber-

se el motivo, habia tomado el titulo de capitán general, y logró persuadir a los otros que valian ciertamente mas que el, no solo a obrar en combinacion sobre Valladolid sino tambien a someterse y reconocerlo por gefe en el ataque proyectado.

El 29 de mayo con una parte de estas fuerzas, pues a la fecha no se hallaban todas reunidas, se presentó Muñiz sobre la plaza por las lomas del Zapote: el comandante español Trujillo hizo salir inmediatamente al capitán D. Felipe Robledo que empeñó una accion casi a la vista de la ciudad, en la cual fué completamente derrotado en pocas horas perdiendo la mayor parte de su fuerza y teniendo el mismo que retirarse mas que de prisa al interior de la ciudad. Trujillo con este descalabro no pensó ya en hacer salidas, pero fortificó bien sus puntos que no fueron atacados por los insurgentes a pesar de la ventaja obtenida. Sin las indecisiones de Muñiz, Torres que habia derrotado a Robledo habria emprendido algo sobre la plaza aunque en la refriega habia sido gravemente herido; pero el supuesto *capitan general* a nada se determinó en cuatro dias, y entre tanto se recibió en el campo insurgente la noticia de que se aproximaba en auxilio de la plaza una fuerte columna al mando de D. Antonio Linares; ya entonces fué necesario levantar el sitio, y las fuerzas insurgentes se replegaron a Tacambaro. Linares entró en Valladolid y la guarnicion se aumentó

con su columna; pero no habiendo bastante fuerza para espedicionar, el bloqueo continuaba y con el la incomunicacion de Trujillo con Mejico y con el resto de las fuerzas españolas. Dos meses pasaron en esta inaccion, pero el 20 de julio se presentó de nuevo Muñiz con todas las partidas que se habian combinado para hostilizar la ciudad. Trujillo se vió entonces bien apurado y no logró mantenerse en la plaza sino por la impericia de Muñiz y las discordias de los gefes insurgentes que no pudieron entenderse entre sí. Cinco divisiones atacaban a la ciudad por igual numero de puntos, pero no habiendolo hecho simultaneamente, perdieron la ventaja de repartir la atencion del enemigo. Muñiz rompió primero el fuego, pero tan mal dirigido el de cañon, que cuando debia batir los parapetos no ofendia sino los techos de las casas, visto lo cual por Trujillo hizo por aquel punto una salida impetuosa con doscientos caballos que en momentos arrollaron las fuerzas de Muñiz apoderandose de su mal construida y peor servida artilleria. Esta perdida de los insurgentes fué bien pronto compensada por las ventajas que obtenian en otros puntos cuyos parapetos habian forzado. Trujillo quiso acudir a su defensa hasta por tres veces en que fué sucesivamente derrotado y la ultima tan completamente, que habiendo quedado sólo no debió la vida sino a la lijereza de su caballo. La guarnicion ha-

bia abandonado todos los puntos, unos por acudir al llamamiento de Trujillo, y otros porque ya no podia sostenerlos; el comandante de la artilleria Machado habia sido muerto despues de haber perdido dos cañones; mucha parte de los soldados habian perecido y los demas se refugiaban en las casas arrojando sus armas y uniformes; todo en fin estaba concluido, cuando he aquí que los insurgentes tocan retirada, se sitúan esa noche en las lomas de Santa Maria, y al dia siguiente se retiran a Acui-cho.

Todavía se ignora el motivo que impulsó semejante resolucion y es muy probable no haber sido otro que la ignorancia en que se hallaban los sitiadores del estado verdadero del interior de la plaza y aun de las derrotas mismas que la guarnicion habia sufrido por sus ataques, cosa por cierto nada estraña en el desorden y la falta de unidad con que peleaban. Trujillo a quien habian quedado los cañones que en el primer encuentro logró tomar a Muñiz pintó al gobierno como una victoria lo que realmente no habia sido sino una completa derrota, y los insurgentes que no supieron lo ocurrido sino al cabo de muchos dias se echaban todos la culpa unos a otros. Realmente si se esceptua Muñiz que no sostuvo su punto, ninguno la tenia pues los demas pelearon valientemente y cumplieron con sus deberes: el mal estuvo en la falta de orden y

combinacion por la cual nadie pudo saber en suma total lo que pasaba, ni cotejar el resultado de sus operaciones con el de las otras secciones que obraban al mismo tiempo y aisladamente sobre la plaza.

Aunque en el parte que debia darse al publico se pintaron como una victoria los sucesos de Valladolid, Trujillo tuvo cuidado de instruir particularmente al virey de lo que en realidad habia, diciendole terminantemente, que si una fuerte division no destruia las fuerzas insurgentes que se hallaban en Acui-cho el mismo se veria obligado a retirarse a Toluca y abandonar a Valladolid que no podia ya sostener. Venegas se penetró de la justicia de las observaciones de Trujillo y a la mayor brevedad formó una fuerte division compuesta en parte de fuerzas selectas del ejercito del centro, la cual se puso a las ordenes del teniente coronel D. Joaquin del Castillo y Bustamante, dándoselas muy terminantes para que sin perdida de tiempo saliese para Acui-cho y atacase la reunion, persiguiendo despues las partidas que quedasen hasta dispersarlas completamente.

Castillo Bustamante era uno de aquellos hombres que abundaban por entonces en el vireinato y hacian profesion no solo de catolicos sino tambien de devotos: entregados a las inspiraciones de un confesor todo lo hacian negocio de conciencia relijiosa, y esta se formaba con arreglo a las opiniones del director espiritual al cual se obedecia ciegamente en todo cuanto

mandaba, creyendo escuchar en el la voz de la divinidad y renunciando los que se hallaban en este caso aun al ejercicio de su propia razon hasta el punto de no reconocer otras obligaciones civiles ni religiosas que las emanadas de los preceptos del director. El de Castillo era un fraile bien conocido por un fanatismo exaltado contra los insurgentes a virtud del cual no solo le persuadió como obligacion de conciencia el sostener la causa de España sino tambien el esterminar a sus enemigos; tal es el orijen de las crueldades de este comandante que comulgaba, rezaba, leia libros devotos y hacia fusilar a centenares de insurgentes. Castillo Bustamante marchó a Valladolid para reunir los cuerpos que debian completar su division, y estando todo listo salió de esta ciudad el 6 de setiembre y ocupó una altura a las inmediaciones del pueblo de Santiago Undameo donde se preparó para atacar los insurgentes el dia siguiente.

La division insurgente que se hallaba a las ordenes de Muñiz en Acuicho abandonó este punto y se situó en una altura inmediata que se llama la loma de San Juan, en la cual se parapetó formando de su fuerza dos lineas concentricas, y estableciendo un cuerpo de reserva en la parte superior de la altura, ademas cortó los puentes echados sobre una pequeña barranca que separaba su campo del de los Españoles, colocando su artilleria en la primera

línea de batalla. Castillo Bustamante empezó por restablecer los puentes, y en esta operacion sufrió bastante, pero cuando lo hubo logrado, los insurgentes, a pesar de la resistencia que oponian llevaron siempre la peor parte hasta que por fin la victoria se declaró por los Españoles que ocuparon todos los puntos, se apoderaron de la artilleria que consistia en catorce cañones, y siguieron el alcance que causó la total dispersion de las fuerzas de Muñiz. Las fuerzas insurgentes de aquel rumbo no fueron por esto totalmente desechas, pues quedaba en pie lo principal de ellas que consistia en las divisiones de D. Jose Antonio Torres y del presbitero Navarrete que se habian situado en puntos ventajosos sobre la sierra de Pazeuaro. Castillo Bustamante llegó a esta ciudad el 9 de setiembre y despues de haber dejado en ella una pequeña guarnicion, salió el 12 del mismo en persecucion de Torres; el 15 llegó a Zacapo donde supo que los insurgentes se hallaban situados a tres leguas de distancia sobre la loma de la alberca de Zipimeo. D. Agustin de Iturbide que se hallaba de ayudante del comandante español y que gustaba mucho de las sorpresas para cuyo logro tenia un instinto maravilloso, lo persuadió a tentar una sobre la posicion insurgente: Castillo abrazó el proyecto, pero no supo realizarlo, pues aunque emprendió su marcha a media noche dejando vivas sobre el campo las hogueras para no

despertar los recelos del enemigo, cometió la falta de marchar por sendas conocidas donde necesariamente debía haber avanzadas enemigas: en efecto, a poco andar se tropezó con una de ellas, y hubo un pequeño tiroteo que avisó á los insurgentes la aproximacion de las fuerzas españolas, con lo que la sorpresa no tuvo efecto.

El presbitero Navarrete se situó en el punto mas elevado de la Alberca, cortado perpendicularmente en el frente, y defendido hacia la espalda por un bosque dominante pero muy espeso; las fuerzas de Torres á las ordenes inmediatas de D. Juan Pablo Anaya se hallaban en posicion inferior aunque tambien ventajosa y daban inmediatamente el frente a las españolas. Castillo se propuso abrazar la posicion insurgente, y al efecto dividió su fuerza en dos grandes secciones, mandando a una de ellas hacer un largo rodeo, internarse por el bosque a mayor altura de la posicion de Navarrete y descender por ella acometerlo por la espalda; mientras que la otra al oír los fuegos de la primera debía acometer a Anaya que como va dicho se hallaba a vanguardia y en punto mas bajo. Este plan se realizó en todas sus partes: Navarrete se vió envuelto cuando menos lo pensaba, y teniendo por delante un precipicio y por detras al enemigo, su situacion ventajosa en un principio le fué entonces muy nociva, de lo que resultó ser desbaratado en

poco tiempo con perdidas considerables. Derrotado Navarrete, Anaya que se sostenia contra la seccion española que obraba contra el por el frente, fué acometido por retaguardia por la que acababa de apoderarse de la altura principal, y entonces le fué ya necesario abandonar la posicion, lo cual se verificó en desorden y dispersandose la mayor parte de los que la defendian, que escaparon por las veredas del bosque donde no fueron seguidos por los Españoles poco practicos en el terreno.

La accion comenzó entre seis y siete de la mañana y a las once la victoria de Castillo era completa, habiendo caido en su poder no solo las posiciones sino tambien la artilleria, parque, porcion de armas y mas de trescientos prisioneros que Castillo hizo fusilar sin piedad en esa misma tarde. Reprehensible es tal dureza, pero lo es todavia mas que este mismo comandante en el parte que da de la accion de Acuicho recomiende particularmente al soldado Luciano Ochoa por el *merito* que a su juicio contrajo en haber dado muerte siguiendo el alcance a un hombre que creyó desarmarlo descubriendole que era su hermano, y al cual Ochoa contestó al meterle la espada en el cuerpo, *yo no tengo hermano insurgente.*

¡Notable estravio de la moral y de los sentimientos naturales que afecta creer superiores a los deberes de la naturaleza los de las convenciones sociales!

Valladolid quedó por algun tiempo libre del

bloqueo que habia sufrido tantos meses, y su guarnicion, reforzada por el virey, mantuvo la dictadura de Trujillo que cada día se hacia mas insoporable a sus vecinos y autoridades; pero la mayor parte de la provincia continuó como lo habia estado desde el principio de la insurreccion sustraída del dominio español.

*Provincias de Mejico y Puebla. — 1811.*

Los sucesos ocurridos en la provincia de Mejico, se hallan de tal manera complicados con los de Puebla que casi no pueden referirse con separacion, atendido que así los comandantes españoles como los gefes insurgentes pasaban con sus respectivas divisiones del territorio de la una al de la otra con muchisima frecuencia. Esta circunstancia exige no separarlos en la relacion; y al mismo tiempo es necesario advertir que de las ocurrencias relativas a las fuerzas de Morelos no se hará mención por aora sino en cuanto fuere preciso para dar idea de las otras sin romper la relacion, reservando para el libro siguiente la noticia seguida y circunstanciada de la insurreccion en el Sur que se tomará desde su orijen. La provincia de Mejico lo mismo que la de Puebla en este año no se hallaban por parte del gobierno español sometidas a un gefe particular que estendiese su autoridad a todas y solas ellas,

por el contrario en cada una de las dos se formaron varias secciones militares con comandantes particulares inmediata y directamente sometidos al vireinato, y ademas se establecieron divisiones volantes que sin fijarse en ningun punto expedicionaban con arreglo a las ordenes del virey y segun lo exijan las ocurrencias. Los comandantes locales de la provincia de Puebla poco o nada figuraron en este año en que la tranquilidad no desapareció sino hasta los ultimos meses en los cuales el gobierno español no hostilizó a los insurgentes sino por divisiones volantes.

No sucedió lo mismo en la provincia de Mejico donde se establecieron tres comandancias principales en Queretaro, Toluca y Tulancingo; la primera se puso a cargo del comandante de su brigada, coronel D. Ignacio Garcia Rebollo, hombre anciano, militar honrado a quien impulsaron a algunas medidas severas los Españoles de la ciudad, que entre todos los del vireinato se señalaron por su fanatismo contra la insurreccion, y entre los cuales se hacia aun todavía notable D. Fernando Romero Martinez.

Queretaro fué pocas veces acometido por los insurgentes, pero era por ellos frecuentemente bloqueado, de manera que faltaba por muchas semanas la correspondencia y escaseaban no pocas veces los viveres: cuando esto sucedia Romero Martinez se encargaba de expedicionar contra las guerrillas que